

dotó, pues, á la Academia, de buenas colecciones de pintura, así como de excelentes modelos de escultura, de grabado en lámina, de medallas y de monedas, y á más, de Biblioteca y de amplios salones y galerías para todos aquéllos objetos de arte.

Hallábase formada la primitiva colección de cuadros que poseyó la Academia, de la tabla de "Las Siete Virtudes," cuya idea filosófica, maravillosa perfección de dibujo, selectas formas y tipos lombardos de las figuras, dieron motivo y fundamento para serle atribuída al gran Leonardo de Vinci; del "San Juan de Dios" de Bartolomé de Murillo, del "San Isidro" del Españoleto, del "San Juan Bautista bebiendo agua en una roca" de Zurbarán, de "Santa Bárbara" y "Santa Catalina de Alejandría," de Guido Reni, de "San Gregorio Magno" y "San Emigdio," de Andrea Vacaro, de los retratos de los dos reyes fundadores de la Academia, Carlos III y Carlos IV, encargos estos dos que hizo la propia Academia recién fundada, al pintor español Maella; y del precioso tríptico de "La Creación y castigo de Adán y Eva," procedente de la escuela de Miguel Angel. (1)

[1] Si bien casi en ninguno de los referidos cuadros se encuentra firma de autor, es tan sobresaliente su mérito

Con ser grandemente valiosa esta pequeña colección de joyas de la pintura, era, con todo, insuficiente, para constituir un museo propiamente y tal como lo requiere una escuela de Bellas Artes. Convencido de ello D. Bernardo Couto, durante los ocho años y meses que permaneció dirigiendo la Academia de San Carlos, hizo esfuerzos extraordinarios para formar su pequeño museo, y no cesó de enriquecerlo con inapreciables obras de arte, cuidando, á la vez, de hacer construir espaciosas y cómodas galerías donde colocar aquéllas digna y adecuadamente. dispuestas esas galerías á usanza de los museos de Europa; para todo lo cual D. Bernardo consultaba y oía siempre el autorizado parecer de nuestro director de pintura, secundándole eficazmente en sus acertadas iniciativas concernientes al museo y á la Escuela.

---

y están con tal claridad y evidencia patentes los caracteres de los pintores ó escuelas á los que se han atribuído y atribuyen, tales como la selecta forma y sabio dibujo de Leonardo, la gracia singular de Murillo, la fuerza de ejecución, vigor de claroscuro, y particulares modelos de Zurbarán y de Rivera, las tintas atornasoladas de los paños del Guido, y la grandiosidad de las formas y firmeza del desnudo de los imitadores de Miguel Angel — que apenas puede objetarse la clasificación que desde Clavé se ha venido haciendo de los citados cuadros. La autenticidad de los mismos, descansa, además, en el dictamen del erudito pintor D. José Salomé Pina, quien

Consecutivamente fué haciendo Couto por compras, donaciones ó cambios, adquisiciones valiosas, y entre ellas son de mencionarse los cuadros: "Cristo azotado" de Juan Bautista Martínez del Mazo; "La Sagrada Familia," "La aparición del niño Jesús á San Antonio" y "San Francisco en éxtasis," de la escuela de Murillo; "Doña Mariana de Austria vestida de duelo," de Carreño de Miranda; "La Adoración de los Magos," de la escuela flamenca; "San Juan Bautista," del famosísimo é insigne dibujante Juan Domingo Ingres; "Los Juegos olímpicos," de Carlos Vernet; "El Maestro de escuela" y "El Avaro," de la escuela piamon-

---

por tiempo dilatado recorrió y estudió los museos de Europa, estando, de consiguiente, familiarizado con todos los autores antiguos y sus escuelas de pintura; y no obstante ser muy mirado y eireunspeto para emitir opiniones y dar fallos artísticos, repetidas veces le hemos oído atribuir sin vacilar los cuadros en cuestión, á los autores que antes se ha dicho. En su mismo parecer han abundado los pintores D. Santiago Rebull y D. José M. Velasco conocedores igualmente de las escuelas europeas.—Con excepción del Tríptico de la escuela de Miguel Angel, que regaló á la Academia de San Carlos el pintor D. José Alcega al fundarse ésta, se ignora el origen de los demás cuadros. Lo valioso de la pequeña colección, y la época remota en la que la adquirió la Academia, hacen presumir que proviniera de las iglesias, casas y colegios de los PP. Jesuitas, al extinguirse la Orden por disposición del Rey Carlos III.

tesa; "La Familia rústica," de Richard; "Costumbres de la Lombardia," de Frezini; cuatro grandes paisajes de Markó, dos de Landesio, una marina de Cordés, y "La Abadía de Wesminster" y "Santa María de Toscanella" de Brocca, etc. Aumentóse aún esta colección, con algunas apreciables copias de Rafael, del Veronés y del Ticiano, encargadas exprofeso de Europa. (1) Las adquisiciones de autores europeos hechas por Couto fueron, pues, excelentes y numerosas, en términos de no haberlas habido en ninguna otra época ni de mayor valía ni en más crecido número. Con estas pinturas y las ya existentes, formóse una galería lucida y rica. Pudo asimismo instalarse otra suntuosa, con los mejores ejemplares de los discípulos de Clavé, que la Junta dispuso comprárselos con el fin de estimularlos en su labor artística, y mediante los avalúos que hacía de ellos el maestro. Completada quedó esta galería, con tres cuadros debidos al pincel del propio Clavé: la "Isabel de Portugal," un magnífico retrato del poeta D. Andrés Quintana Roo y una media figura alegórica de "La Primavera-

---

[1] Todos los cuadros mencionados existen en la actualidad en la Academia, con excepción de "Los Juegos Olímpicos" de Vernet, y los dos paisajes de Landesio, "El Apenino" y "Vallenfreda," que fueron trasladados á los salones del Palacio Nacional, en 1902.

ra," no concluída del todo, pero de singular atractivo.

Una idea felicísima y en gran manera plausible tuvo Couto, que juntamente demuestra lo entendido que era en arte, el interés con que veía la historia y el cariño que las cosas de su país le inspiraban. Esa idea fué la de formar en la Academia una galería de cuadros de los pintores que florecieron en México en los tres siglos del gobierno colonial. En la sesión que celebró la Junta gubernativa el 6 de Marzo de 1855 manifestó su docto y digno presidente, "que estimaba por conveniente establecer una galería para la antigua escuela mexicana de pintura; á cuyo efecto se solicitaría del Gobierno recomendación especial para obtener cuadros de los conventos, pagándolos si fuere necesario." La iniciativa de Couto tuvo la favorable acogida que era de esperarse en todos los miembros de la Junta, y lo autorizaron ampliamente para llevarla á cabo.

Ya en otra época, según queda dicho, habíase fijado la atención de Echeverría y de la Junta, en los cuadros de los templos y conventos de la capital; mas ni parece que se llevara á la práctica la determinación de adquirir algunos de ellos, ni mucho menos había pensado nadie antes que Couto, en formar con especiali-

dad galería alguna con obras de los pintores antiguos de la Nueva España. Couto, además de concebir tal proyecto, lo puso bien pronto en ejecución, no solamente recabando del Gobierno recomendaciones para los superiores de las comunidades y corporaciones religiosas, sino visitándolos él mismo y tratando muy particularmente con ellos sobre el negocio de los cuadros. La respetabilidad y personal prestigio de Couto, por una parte, y lo laudable y excelente de su proyecto por otra, hicieron que los prelados de las órdenes le franquearan las puertas de sus conventos é iglesias, consintiendo en que eligiese para la Academia y fuesen á ella trasladadas, cuantas pinturas encontró más de su agrado.

El Presidente de la Junta en compañía de Clavé, recorrió y con detenimiento inspeccionó conventos é iglesias; y con ojos de artista y saber de polígrafo y erudito, examinó y estudió los cuadros, eligiéndolos de conformidad con la pericial opinión y dictamen del director de pintura, quien, no obstante lo modernizado de la escuela artística que profesaba, tan diversa de la de los siglos virreinales, supo apreciar sin estrecho exclusivismo, con amplio y elevado criterio, el mérito positivo de los pintores antiguos mexicanos, señalando puntualmente las cualidades

que contienen sus obras é indicando aquellas que convenia llevar á la Academia.

La mayor parte de las comunidades cedieron generosamente los cuadros que les fueron pedidos, siendo las de San Francisco, Santo Domingo, San Diego y la Profesa, las que más se distinguieron por lo valioso de sus donaciones. La Academia correspondió á esta generosidad, regalándoles, á su vez, copias de los mismos cuadros, ejecutadas por los discípulos de Clavé; con lo que se ejercitaban éstos en su arte y no quedaban privadas las comunidades de todas sus imágenes.

Por los años de 1857 y 1858, pasaron á los salones de la Escuela de Bellas Artes, obras de tanta estima, como "La Visitación," "La Porciúncula," "La Oración del Huerto" y "La Adoración de los Reyes," de Echave el viejo; "Los Desposorios místicos de Sta. Catalina" y "S. Ildelfonso recibiendo la casulla," de Luis Juárez; "Los Desposorios de la Virgen" y "Santo Tomás tocando el costado de Cristo," de Sebastián de Arteaga; "El entierro de Cristo," de Echave el mozo; los bocetos de los dos grandes lienzos que para la capilla de los Reyes de la Catedral, ejecutó Juan Rodríguez Juárez; seis preciosas laminitas de Ibarra, con pasajes de la vida de la Virgen, y "San An-

selmo," "San Bernardo y "La Visión del Apocalipsis," de Cabrera; etc.

Cuando más tarde el gobierno del presidente Juárez ordenó la exclaustración de los religiosos y éstos fueron privados de sus bienes, cuantas pinturas había en los conventos fueron trasladadas al de la Encarnación. De ese depósito de más de dos mil cuadros, dispuso D. Ramón Isaac Alcaraz, empleado superior de la administración liberal, que el pintor D. Santiago Rebull eligiese lo mejor para la Academia, á fin de salvar esos monumentos del arte nacional—de tal los calificó Alcaraz—de la destrucción ó de la codicia de los especuladores que por centenares exportaban cuadros de pintores mexicanos, haciéndolos pasar por europeos. Merced á tan acertada disposición, fué como pudo continuarse lo comenzado por Couto. Rebull hizo llevar á la Academia en un examen no muy escrupuloso por haberlo hecho de prisa, cuanto á primera vista parecióle aceptable. Intervino entonces Clavé, y con más sociogo y conocimiento de causa, hizo una nueva selección de cuadros, designando para las galerías aquellos que más habían llamado su atención en el examen y estudio hechos en compañía de Couto. Restaurados aquellos que fué necesario, dióles á todos conveniente colocación en

las galerías de la Academia. (1) De este modo, la colección de pinturas mexicanas quedó avalorada con nuevas y excelentes muestras, como fueron entre otras: "La Asunción de la Virgen," de Alonso Vázquez; "Santa Cecilia," de Echave el viejo; un segundo y más valioso "San Ildefonso recibiendo la casulla de manos de la Virgen" y "La Oración del Huerto," de Luis Juárez; "La Adoración de los Reyes" y los grandes lienzos de "San Justo y San Pastor," y "San Alejo," de José Juárez, y cuatro grandes tablas de las Mujeres del Evangelio, de Ibarra.

Con las obras enumeradas y algunas cuantas más de menor importancia que no citamos por no hacernos fatigosos, pudieron instalarse hasta dos galerías de la escuela antigua mexicana; las cuales, sin embargo del empeño y esmero que así Couto como Clavé tuvieron en formarlas, han quedado incompletas, por no contener obra alguna de viso, de dos pintores tan significados en la historia de nuestro arte, como Juan Correa y Cristóbal de Villalpando. Tampoco se hallará en ellas

[1] Por falta de espacio en las galerías, muchas otras tablas y lienzos de sobresaliente mérito, han permanecido hasta el presente en las bodegas de la misma Academia, sufriendo por la humedad, la falta de luz, el hacinamiento y el polvo, considerable deterioro.

ninguno de los mejores cuadros del Apelles mexicano, Juan Rodríguez Juárez, ni de José Ibarra, el Murillo de la Nueva España; prueba inequívoca de que los Coutos y Clavés han sido bien raros (1).

A esta falta á que aludimos, referiase ya, en 1864, el Dr. Luçio, sujeto como se sabe, muy entendido en pintura, en los siguientes términos: "La Academia de México debió haber formado una colección completa, que con algún celo é inteligencia y muy poco gasto, podría haber hecho, y esa colección tendría una gran importancia histórica. Su falta es ya hoy difícil de reparar. La Academia es tanto menos disculpable, cuanto que ha tenido bastantes fondos á su disposición y ha

[1] En tiempos en que el autor de estas líneas tuvo á su cargo la clase de Historia del arte en la Escuela Nacional de Bellas Artes, tomó gran empeño porque el entonces director de la Escuela, D. Román S. de Lascaráin, adquiriera para la misma, algunas importantísimas obras de pintores del tiempo de la Colonia, que habrían enriquecido grandemente la colección, y de cuya existencia no tuvo noticia ni el mismo D. Bernardo Couto. Los cuadros á que nos referimos, pertenecen nada menos que á los celebrados pintores de fines del siglo XVI, Andrés Concha y Juan de Rúa. Obras del primero hallábanse todavía en el año de 1892, en la Iglesia del pueblo de Yanhuatlán del Estado de Oaxaca, y del segundo, en el templo parroquial de Cuatinchán en el Estado de Puebla. Desgraciadamente nuestras gestiones no hallaron eco en el señor Lascaráin. Al presente acaso hayan desaparecido tan preciosas reliquias de arte.

hecho enormes gastos en obras que en cualquiera época pudieran haberse emprendido, y con una mínima parte de lo que ellas han costado, pudo llenarse el objeto que he indicado." (1)

Fruto de sus extensas lecturas de los autores antiguos que escribieron sobre cosas de México y que incidentalmente se ocuparon de los pintores de la época colonial, de su personal y concienzudo estudio de los cuadros de los mismos pintores, y de sus frecuentes conversaciones sobre arte sostenidas con D. Pelegrín Clavé, y fruto sazonado y gustoso, fué el "Diálogo sobre la pintura en México" de D. José Bernardo Couto, escrito por los años de 1860 y 1861; obra póstuma suya y el primer trabajo publicado en México, al que pueda aplicársele el dictado de crítica de arte en el rigor de la palabra. Con estilo castizo, sobrio y galano, se hace en el "Diálogo," por medio de una conversación amenísima entre Couto, Clavé y el poeta Pesado, un interesante é instructivo análisis de los cuadros de los pintores que en la Nueva España florecieron en los siglos del gobierno virreinal; se recapitulan y examinan con sagaz criterio, las breves noticias re-

[1] "Reseña Histórica de las pinturas mexicanas en los siglos XVII y XVIII," por D. Rafael Lucio,

lativas á ellos, diseminadas en Torquemada, en Valbuena, en Sigüenza y Góngora y en otros escritores, y se dan á conocer, en fin, las doctrinas artísticas de Clavé y su parecer acerca de las obras de aquellos mismos pintores. (1)

Pónese de manifiesto en el libro referido lo ilustrado y erudito que en su arte fué el director de pintura de la Academia, y el alto concepto en que el mismo tuvo á los pintores que brillaron en nuestro suelo. De Baltasar Echave el viejo, sobre todo, hace extremados elogios, pues ora califica de rafaelescas sus Vírgenes, ora dice que son dignos sus Cristos de Overbeck, cuándo pondera la habilidad del pintor en el desnudo, cuándo su buen gusto y ciencia en el arte. De Luis Juárez expresa, que es un artista digno de memoria, y de José Juárez que hay cuadros suyos que estarían bien en cualquier museo de pintura; en Sebastián de Arteaga encarece el buen colorido y el vigor y la fuerza del toque, así como el sólido empaste en Baltasar Echave el mozo. De Juan Rodríguez Juárez asienta, que su nombre vivirá mientras sus cuadros duren, apreciándolo en particular como retratista; de José Ibarra encomia la pericia y el gusto en los agrupamientos, y, no oculta

(1) Publicóse el "Diálogo" mucho después del fallecimiento del señor Couto, en 1872,

en fin, su entusiasmo ante la suavidad, la morbidez y la magia de cuanto salió del pincel de Cabrera.

Invitado Clavé por uno de los interlocutores que en el "Diálogo" figuran, á que exprese su sentir acerca de la escuela mexicana vista en su conjunto, estas son las palabras que en boca suya pone Couto:

"Si tomamos la escuela desde Baltasar de Echave, porque para juzgar de lo que le precedió faltan monumentos, parece-me que la dirección que le dió aquel hábil maestro, fué la misma que seguían los que en Italia se llaman "cincocentistas," es decir, los de la escuela de Rafael y demás del Renacimiento. Sus principios se propagaron á España, como antes vimos, y prevalecían allí en el siglo XVI, que fué cuando Echave debió formarse, puesto que tenemos obras suyas desde los primeros años del siguiente. Echave es siempre fiel á esos principios; correcto, gracioso, de ejecución detenida y acabada, de bastante esmalte en el color, lo cual da á sus tablas frescura y brillantez. Sobre sus huellas fueron Luis Juárez y otros, de modo que puede mirársele como la personificación ó el representante del primer período, no sólo por ser el más antiguo, y de consiguiente, quien marcó la senda, sino porque reúne en grado su-

perior las cualidades que caracterizan ese período. A la mitad de él y cuando empieza á desaparecer ese primer maestro, viene Sebastián de Arteaga, que tentó otra vía, no resueltamente y desde sus primeros pasos, sino por grados según se infiere del estudio y observación de los pocos cuadros que nos quedan. Por punto de partida en esa vía puede tomarse el lienzo de los Desposorios que aquí tenemos, y por término el de Santo Tomás, del Presbiterio de San Agustín. Su pintura es vigorosa y grasa, y aun si se quiere de más verdad que la de Echave, porque á pesar de sus incorrecciones, quizá se pegaba más al natural. En cambio, carece de la gracia de su antecesor y de la sencillez y pureza que le distinguen. En Arteaga hay más fuerza y mucho más rasgo en el manejo del pincel; en Echave mejor doctrina y delicadeza de sentimiento. De los secuaces de Arteaga, el más señalado que conocemos, es el segundo Baltasar de Echave. Al concluir el siglo, Juan Rodríguez Juárez abre un tercer camino y adopta nuevo estilo, franco, de masas sencillas y grandiosas, pero algo amanerado en el colorido, en el que por ganar esplendidez hizo resaltar hasta la exageración el azul y el rojo. Este estilo dominó por todo el siglo XVIII. Yo tengo la sospecha de que durante él,

los profesores para componer sus obras se guiaban más por estampas y grabados, que por el estudio del natural; de ahí puede en parte provenir la facilidad y fecundidad que en ellos se nota, y que en Cabrera, el artista que más ha descollado en México, es verdaderamente un portento. Dentro de su taller se distinguían entre otros, Alcibar, que cierra el catálogo de los antiguos pintores mexicanos. La prenda que generalmente caracteriza á la escuela toda, es la suavidad y blandura, que parece inspirada por el dulce ambiente que en este país se respira, y que copia bien la índole de sus habitantes."

No se ciñó el señor Couto á prestarles atención á sólo las galerías de pintura, antes bien, persuadido de que en los demás ramos de enseñanza que la Academia abarcaba, eran igualmente indispensables buenos modelos, hubo de hacer extensivas su solicitud y diligencia á aumentar también la colección de escultura y á formar las de grabado en lámina y de grabado en hueco, sin desatender tampoco la de arquitectura. Mal puede ser completo el estudio y conocimiento de cualquiera de tales ramos de arte, sin tener á la vista el alumno que lo estudie buenos modelos que le guíen en su trabajo, y que á la vez despierten y aviven sus facultades creadoras.

Con esta convicción, por intermedio del famoso escultor Pedro Tenerani, maestro que había tenido en Roma D. Manuel Vilar, hicieron venir varios vaciados de esculturas del Museo del Vaticano; los cuales, por expresa autorización del Papa tomáronse directamente para nuestra Academia, de los insignes originales que el Museo pontificio atesora. Con ellos se enriqueció bastante la colección traída por Tolsa. Asimismo adquiriéronse para la Academia originales de Tenerani, de Solá y de Pradier. Con todas estas obras y las que Vilar y sus más aventajados discípulos en varios años fueron ejecutando, quedaron formadas hasta siete galerías de escultura.

Para cada uno de los grabados dispúsose asimismo una galería, á cuyo intento comisionóse al pensionado Pina, residente á la sazón en París, para la compra (conforme á especiales instrucciones dadas por Clavé), de selectos grabados al buril y al agua fuerte, de Calamatta, Mercuri y otros no menos notables autores, reproducciones de cuadros de Rafael, Glaire, Ingres, Paul De Laroche, Holbach, Ary Schefer, etc.; obras que recibió la Academia en 1858. Por esos mismos días dióse también encargo al representante de México en Londres, D. Francisco Facio, para que adquiriese en In-



glaterra, de los mejores ejemplares que hubiese de medallas inglesas, las que agregadas á las obras de D. Jerónimo Antonio Gil, y á la rica colección de monedas de varios países y de distintas épocas, que le fué comprada al Conde de la Cortina, miembro de la Junta de la Academia, constituyeron la galería de grabado en hueco. Finalmente, dióse comienzo á la formación de la de arquitectura, con los proyectos que los pensionados por este ramo, Juan y Ramón Agea y Rodríguez Arangoity, enviaron desde Roma.

En el entretanto que Couto hacía las valiosas y numerosas adquisiciones que se ha indicado, los fondos de que disponía la Academia habían ido sufriendo merma considerable, no ciertamente por vicio ó defecto de la administración de ellos, pues que después del fallecimiento de D. Javier Echeverría, habían continuado siendo manejados con habilidad y honradez por todos los directores de la Lotería que le sucedieron, D. Pedro Echeverría, D. Tomás Pimentel y D. Joaquín Flores; sino por las crecidas contribuciones impuestas por los gobiernos á la Academia, y por las repetidas exacciones que sin coto ni medida ejercían esos mismos gobiernos, en medio de sus bruscos, violentos é incesantes cambios, promovidos por la enconada lucha

de ideas políticas y la fiebre revolucionaria de que era presa la República. Y así, tanto más son de estimarse los servicios de Couto á la Academia, cuanto que realizólos á pesar de las graves dificultades pecuniarias y tropiezos de todo género, consecuencia de aquellas repetidas exacciones.

Primeramente, varios de los efimeros gobiernos de entonces, lo mismo conservadores que liberales, estuvieron á la competencia para gravar la renta de la Lotería, imponiendo á la Academia la obligación de sufragar diversos y subidos gastos de la Beneficencia, extraños totalmente á las Bellas Artes. Doce mil pesos anuales debía enterar al Hospicio, tres mil á los establecimientos de Corrección, tres mil á la Casa de Mendigos, otros tantos al Hospital de mujeres dementes, y, por último, hubo de cubrir la mitad del presupuesto del Ministerio de Relaciones. Sin embargo de todas estas pesadas cargas, la Academia satisfacía el total importe de su presupuesto y caminaba adelante; pero como más tarde se acudiese al ruinoso expediente de los préstamos extraordinarios tan cuantiosos como continuados, ya la marcha de la Academia en los últimos años de la dirección de Couto, hizose en extremo dificultosa.

Para que se comprenda el punto á que